

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 165 *Editorial*

SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 2013



**Celebración de los 30 años del PIEM
y homenaje a Elena Urrutia**

Elena Urrutia: el espíritu del PIEM

Flora Botton

**Los talleres de investigación
Espacios de reflexión y discusión**
Orlandina de Oliveira

In illo tempore...
Soledad González Montes

PIEM: treinta años de construcción colectiva
Teresa Inchaústegui

**Elena Urrutia: una feminista
perseverante**
Karine Tinat

A la intemperie
Jorge Brash

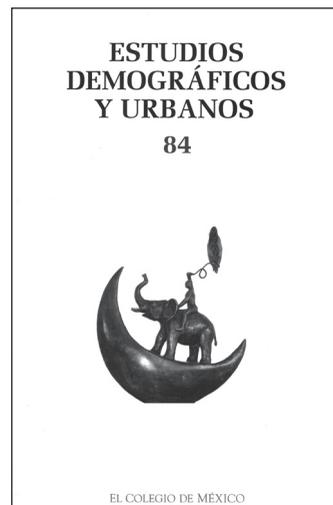
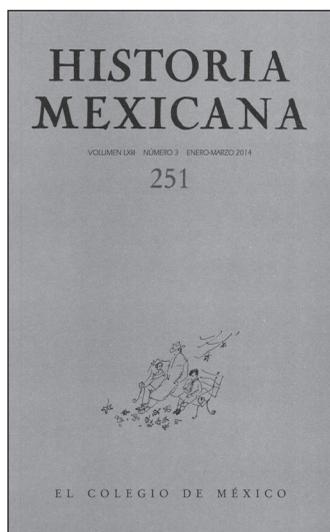
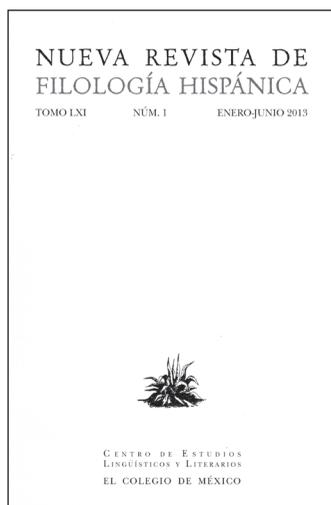
Redondillas
Sor Juana Inés de la Cruz

PUBLICACIONES PERIÓDICICAS



EL COLEGIO DE MÉXICO

Publicaciones



El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx



Í N D I C E

Celebración de los 30 años del PIEM
y homenaje a Elena Urrutia
■ 2

Elena Urrutia: el espíritu
del PIEM
■ *Flora Botton* ■ 3

Los talleres de investigación:
espacios de reflexión y discusión
■ *Orlandina de Oliveira* ■ 7

In illo tempore...
■ *Soledad González Montes* ■ 11

PIEM: 30 años
de construcción colectiva
■ *Teresa Inchaústegui* ■ 15

Elena Urrutia: una feminista perseverante
■ *Karine Tinat* ■ 19

A la intemperie
■ *Jorge Brash* ■ 29

Redondillas
■ *Sor Juana Inés de la Cruz* ■ 31

Fotografía de portada: Elena Urrutia. Foto: Paulina Lavista

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Tel. 5449 3000, ext. 3077

Presidente JAVIER GARCIADIEGO DANTAN ■ *Secretario general* MANUEL ORDORICA ■ *Coordinador general académico* JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* ÁLVARO BAILLET ■ *Director de publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ *Coordinadora de producción* GABRIELA SAID ■ *Editor* JUAN PUIG ■ *Coordinador de diseño* PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ *Coordinadora de promoción y ventas* NINEL SALCEDO ROMERO

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 165, SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 2013
Impresión: Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.
Formación y diseño de portada: EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO
ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.



Elena Urrutia. Foto: Paulina Lavista

Celebración de los 30 años del PIEM y homenaje a Elena Urrutia

Los días 15 y 16 de abril de 2013, el Centro de Estudios Sociológicos y el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) celebraron respectivamente 40 años y 30 años con un coloquio internacional titulado: “Desafíos contemporáneos de la sociología y los estudios de género”. En el marco de esta actividad se organizó una mesa conmemorativa dedicada a recordar y reconstruir momentos de la creación del PIEM a lo largo de estos tres decenios, así como a rendir homenaje a su fundadora: Elena Urrutia. Más específicamente, durante esta mesa: se re-situó la emergencia del PIEM –en marzo de 1983– en el contexto de la historia de los feminismos; fueron recordados los talleres de investigación como una de las primeras actividades organizadas por el PIEM; se insistió en la labor colectiva y en el espacio de reflexión y crítica que caracterizó al PIEM desde sus inicios; se describieron las inquietudes intelectuales en torno al lugar que ocupaban las mujeres en diferentes campos (migración, trabajo, medio rural, etc.) en el momento de la creación del PIEM; se recordó el PIEM como espacio de creatividad teórica y generación de nuevo conocimiento; y, además de todos los agradecimientos y marcas de aprecio profesional y personal que fueron expresados a Elena Urrutia, fue reconstruida una entrevista biográfica realizada con ella para poder dar cuenta del rol fundamental que tuvo no solamente en la creación del Programa sino en las condiciones de su crecimiento y desarrollo. A continuación se comparten los escritos que fueron leídos en ese día lunes 15 de abril de 2013. 

Elena Urrutia: el espíritu del PIEM

El Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, PIEM, nació en un ambiente de euforia y de esperanza pero no en un vacío. El movimiento feminista en México tiene raíces que van hasta el siglo XIX y, en cuanto a mujeres valiosas, cómo no recordar a Sor Juana. Sin embargo las luchas por los derechos de las mujeres tenían demandas concretas de reivindicación que se referían al trabajo, la educación, la equidad ante la ley y el derecho al voto obtenido finalmente en 1953. En los años treinta, época de gran actividad sindical, de huelgas y de manifestaciones, de movimientos socialistas y comunistas, a pesar de que se trató de vincular al feminismo con la lucha de clases, hubo mujeres que reconocieron la necesidad de luchar y separar los derechos de la mujer.

En realidad la reflexión sobre las mujeres y su condición, y la búsqueda de las razones de la desigualdad, fueron impulsadas por los movimientos feministas de los Estados Unidos y de Europa. Las mujeres de mi generación se nutrieron del magnífico libro de Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, en el cual la autora investiga los orígenes de la peculiaridad de la condición femenina y las raíces biológicas, filosóficas, históricas y psicológicas de la opresión de las mujeres. Los años sesenta y setenta fueron ricos en obras teóricas que leyeron con avidez las mujeres educadas de

clase media. Años de intensa agitación política, los sesenta dieron lugar a movimientos sociales radicales interesados en forjar nuevas formas de vida al margen de las políticas reformistas de los grandes partidos y así nació el Movimiento de la Liberación de la Mujer. Varias corrientes entre el feminismo liberal, como el de Betty Friedan, o el feminismo radical como el de Shulamith Firestone o de Kate Millet, provocaban discusiones y polémicas. Tal vez más afines al pensamiento propio de América Latina fueron autoras como Sheila Rowbotham, Zillah Eisenstein y Juliet Mitchell, quienes intentaban, aun a través de una crítica del marxismo, conciliarlo con el feminismo. Para las mexicanas que participaban en grupos de liberación femenina y que luchaban por el derecho al aborto, en contra de la violación y la violencia, era importante el movimiento Choisir encabezado por Gisèle Halimi.

Dije que el PIEM nació en un ambiente de euforia y de esperanza. En 1975, México fue la sede de la Conferencia General de la UNESCO en el marco del Año Internacional de la Mujer. Paralelamente a la Conferencia oficial se organizaron foros alternativos y a México llegaron representantes de las corrientes más diversas y a veces más radicales del feminismo mundial. Los gobiernos, y entre ellos el de México, se comprometieron a hacer cambios en la legislación y formular planes y programas de acción. La primera desilusión fue la elección del presidente de la

* Centro de Estudios de Asia y África, El Colegio de México.



Elena Urrutia

Conferencia: un hombre fue el que la encabezó, el entonces procurador general de la República, Pedro Ojeda Paullada. Sin embargo, la Conferencia y el Foro fueron un impulso para la formación de coaliciones de liberación femenina, de grupos de discusión, de foros y conferencias sobre temas que atañen a las mujeres.

En 1976, un grupo de mujeres fundó una revista feminista, *Fem*, que se sumaba a los intentos de teorización de la opresión femenina con artículos tanto académicos como de difusión y que se dirigía, o pretendía dirigirse, a un amplio universo de mujeres. Es ahí donde conocí por primera vez a Elena Urrutia. Escritora, madre de cuatro hijos, entregó tiempo y esfuerzo para garantizar el éxito de esta difícil empresa a la cual apoyó durante doce años con enorme generosidad. Mujer profundamente religiosa, nunca permitió que su fe fuera guiada por dogmas que perjudicaran a las mujeres. Después de la trágica muerte de Alaíde Foppa, en quien reconocíamos la figura principal de este proyecto, la voluntad de Elena fue la que nos permitió sobrevivir. Las que integrábamos la dirección colectiva de esa revista teníamos en común el interés en mejorar la condición de la mujer, éramos mayormente académicas y escritoras, y nos identificábamos como feministas sin

sentirnos incómodas por este nombre que, aún ahora, produce reticencia.

A pesar de esfuerzos aislados —algunos cursos o conferencias en universidades o institutos, artículos en revistas o periódicos—, en 1970 los estudios de la mujer, que en las universidades de los Estados Unidos y Europa estaban sólidamente arraigados, no existían en México. En 1977, desde El Colegio de México, la antropóloga Lourdes Arizpe organizó el Primer Simposio Mexicano-Centroamericano de Investigación sobre la Mujer que rebasó todas las expectativas de participación. Así fue como se vio claramente la necesidad de un espacio en el cual investigadores e investigadoras pudieran trabajar sobre temas que interesan a las mujeres, y en donde hubiera personas capaces de asesorar al gobierno sobre los programas de acción a los que se había comprometido y de evaluar su realización. Así nació la idea de impulsar en El Colegio de México la creación de un Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, que avalamos varias investigadoras de El Colegio y alguno que otro investigador. A veces nos cuestionaban: “¿De qué se quejan ustedes? ¿Qué oportunidades les fueron negadas?” Pero sabíamos que teníamos la obligación de luchar para que todas las mujeres las tuvieran.

No fue tarea fácil convencer tanto a las autoridades como a muchos de nuestros colegas. Finalmente pudimos lograrlo cinco años después, en 1983, gracias a dos condiciones que tradicionalmente aseguran cualquier éxito que pueda tener una mujer: independencia económica, gracias a un financiamiento de la Fundación Ford, y el apoyo del patriarca, en este caso del presidente de El Colegio de México, Víctor Urquidí quien, con su capacidad de detectar los temas candentes de la actualidad, reconoció la importancia de los estudios de la mujer. Una vez obtenido el aval para la creación del PIEM, y de nuevo gracias a la iniciativa de Lourdes Arizpe, organizamos un seminario: “Perspectivas y prioridades en los estudios sobre la mujer”, que



Mercedes Barquet

se realizó en Oaxtepec y que reunió a casi todas las personas que de alguna manera estaban involucradas con investigación, activismo y política que tuviera como tema a las mujeres, a fin de identificarlas y de establecer prioridades de investigación para el nuevo programa.

Elegir a la primera persona que se haría cargo del programa también fue de importancia capital. Elena Urrutia, a quien algunos conocíamos por su trabajo en *Fem* y su colaboración en la Dirección de Asuntos Culturales de la Secretaría de Relaciones Exteriores, fue invitada por el presidente Urquidí para encabezar el PIEM. Elena se volcó a esta nueva tarea con el mismo entusiasmo con el que emprendía cualquier proyecto. El dinero de la Ford tenía etiquetas con las que se debía cumplir, y Elena resultó ser una excelente administradora tanto de recursos materiales como humanos. Poco a poco se rodeó de personas capaces, entre las que se encontraba la siempre recordada Mercedes Barquet, y supo hacernos trabajar a todos los que apoyábamos este proyecto, participando en reuniones del comité asesor del PIEM, en su comité editorial, encabezando grupos de discusión de investigaciones y seminarios, evaluando proyectos, enseñando en cursos de verano para extranjeras y en el diplomado para la formación

de especialistas en estudios de la mujer. En el Seminario Permanente se crearon talleres temáticos a partir de 1984. Algunos de los temas fueron “Familia, mujer y organización doméstica”, “Trabajo e identidad femenina”, “Participación social de la mujer”, “Economía campesina, desarrollo agrario y participación de las mujeres”, “La mujer en Asia y África”, “Narrativa femenina mexicana del siglo XIX y XX”. Se organizaron además talleres sobre sexualidad, sobre mujer y familia, etc. Elena, durante muchos años, luchó para que por fin se reconociera que este diplomado tenía la calidad necesaria para ser la maestría que ahora existe.

Como resultado de los talleres y de las investigaciones realizadas en el PIEM se han publicado hasta la fecha 56 libros, seis series de investigación, cuatro manuales y, recientemente, tres cuadernos de la Cátedra Simone de Beauvoir. Pienso que, para sus treinta años de existencia, el PIEM ha cumplido con creces.

Debemos también recordar la unidad de documentación a la que, durante años, acudían todos los que necesitaban información sobre temas de la mujer. Los logros del PIEM han sido ya descritos y no necesito ser reiterativa. No somos las únicas, pero fuimos las primeras; el ejemplo del PIEM fue una inspiración para otros espacios similares tanto en la ciudad de México como en la provincia. Nuestras egresadas han sido importantes tanto por su trabajo académico como por su labor social o su apoyo a programas del gobierno.

Elena, a pesar de su tarea más que absorbente en la coordinación del PIEM, la que encabezó durante trece años, no dejó de lado otras actividades, como puede dar fe su larguísimo currículum. Ha escrito innumerables artículos, coordinado importantes libros, asistido a congresos nacionales e internacionales, y pertenece a diversas organizaciones cuyo trabajo a favor de las mujeres ha respaldado con su incesante entusiasmo. Elena sigue muy activa y esperamos que lo esté por muchos años más, y que el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer pueda aprovechar constantemente su experiencia, su compromiso y su entusiasmo. ❧



Elena Urrutia

Los talleres de investigación: espacios de reflexión y discusión

Tuve el privilegio de ver nacer el Programa Interdisciplinario de Estudios de la mujer (PIEM) y participar en sus primeras actividades. Quiero hacer referencia a los talleres de investigación que –dirigidos al público en general y sin ofrecer créditos curriculares– tuvieron un papel fundamental en la consolidación del PIEM como espacio de discusión académica. Varios fueron los talleres impartidos en los primeros años del Programa. Cabe mencionar aquellos sobre “Las mujeres en la historia de México”, “El habla de la mujer”, “La mujer en Asia y África”, “La mujer campesina”, “Narrativa femenina mexicana en los siglos XIX y XX”.

Estos talleres constituyeron un espacio fundamental de reflexión y análisis de textos teóricos y de investigación sobre la condición de las mujeres. Contaron con todo el estímulo y apoyo institucional de Elena Urrutia –a quien tenemos mucho que reconocer y agradecer– y la participación entusiasta de muchas investigadoras que siguen interesadas en los estudios de género.

El taller que llamábamos “de estudios de la mujer” estuvo bajo mi coordinación de 1984 a 1987. Su objetivo general, en sus múltiples

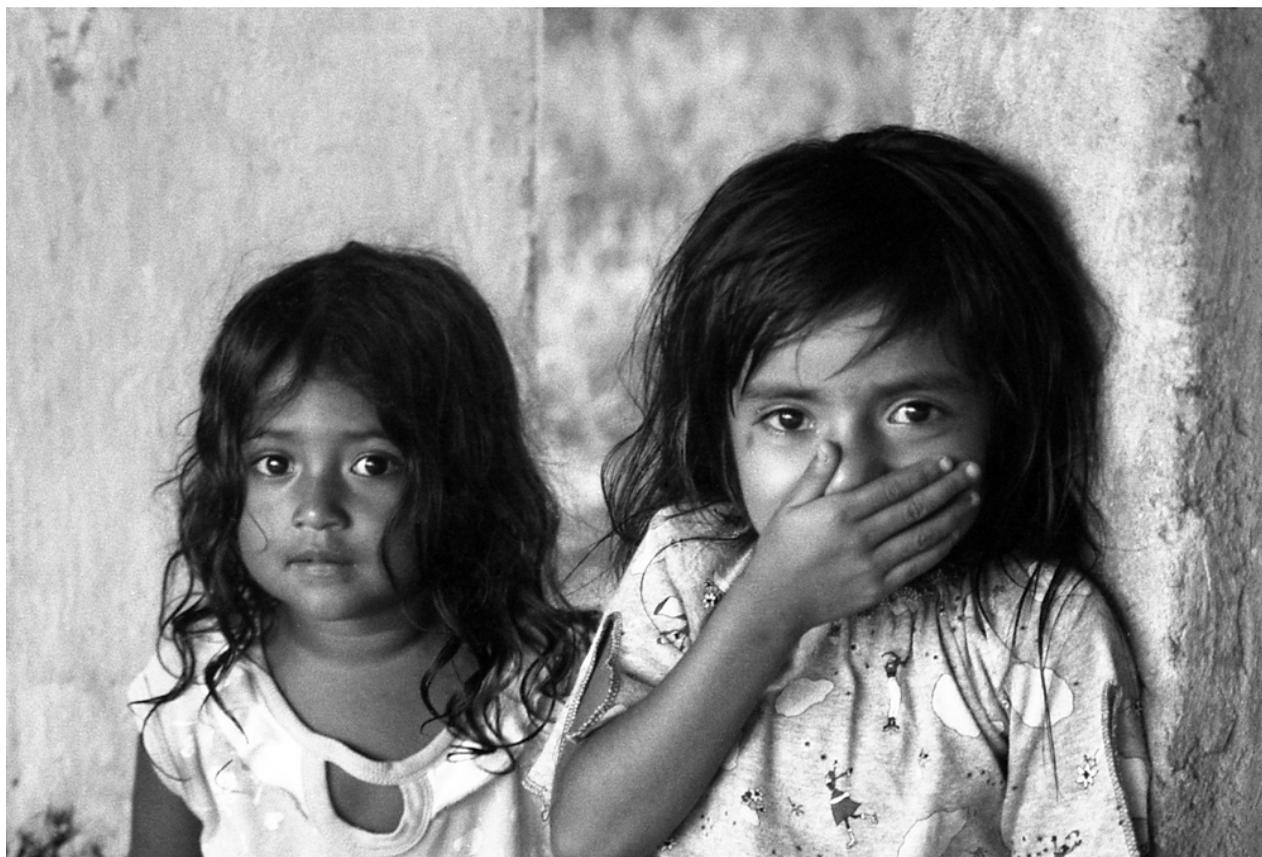
fases, fue lograr rigor conceptual y un mejor manejo de aspectos metodológicos, para impulsar la investigación acerca de la condición social de las mujeres en México. Asimismo, se buscó apoyar áreas de estudio poco exploradas por la investigación sistemática (en aquel entonces) y reforzar el análisis multidisciplinario; lo último fue posible gracias a las diversas formaciones profesionales de las asistentes. El taller reunía a antropólogas, biólogas, demógrafas, sociólogas, psicólogas sociales, psicólogas clínicas, psicoanalistas.

En el primer año discutimos textos teóricos que permitieron plantear críticamente el estudio de las mujeres en diferentes campos temáticos. El segundo lo dedicamos a la revisión de investigaciones realizadas en América Latina sobre trabajo e identidad femeninas, y a la presentación de las investigaciones de las integrantes del taller.

En la última etapa, que duró cerca de año y medio, planeamos en forma colectiva la publicación del libro titulado *Trabajo, poder y sexualidad*, en el que se analizan tres grandes temas: trabajo, familia y reproducción; mujer y participación política, e identidad y género.

Participaron en esta publicación: Mercedes Blanco Sánchez, Yolanda Corona, Regina

*Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.



Mi Chiapas. Foto: Mireya Tomás Carrillo

Cortina, Marie Claire Delgueil, Noemí Ehrenfeld, Mary Goldsmith, Liliana Gómez Montes, Mercedes González de la Rocha, Georgina Limones, Sylvia Marcos, Alicia Martínez, Florinda Riquer, Martha Judith Sánchez, Maylí Sepúlveda, Luz de Lourdes de Silva y María Luisa Tarrés. También colaboraron en forma activa en la elaboración del libro: Aralia López, Isabel Vericat y Stella Quan.

A lo largo del proceso de elaboración de los capítulos del libro, el taller consolidó su función de espacio de reflexión y crítica intelectual. No partimos de un guión armado de antemano que señalara los aspectos por cubrir y la metodología por seguir en los artículos: más bien cada quien definió sus intereses y respetamos su estilo de trabajo, su enfoque teórico-metodológico y su especificidad disciplinaria.

Este espacio de reflexión también se constituyó en un ámbito de aprendizaje que permitió a

cada una de las participantes incorporar, a partir de su óptica, la riqueza del saber colectivo.

En las discusiones del taller nos dimos cuenta de que entender la génesis de la subordinación de las mujeres en la vida social, encontrar los múltiples mecanismos que contribuyen a su permanencia y redefinición, y plantear alternativas de transformación resulta una tarea compleja que difícilmente puede lograrse en la investigación individual. El trabajo colectivo, entendido como un esfuerzo de organización y estímulo a la labor individual, así como un espacio de reflexión y crítica, es un requisito indispensable.

En aquel entonces, hace casi treinta años, buscábamos perspectivas analíticas que trataran de articular el estudio de los marcos estructurales e institucionales —que hacen posible y condicionan la acción individual y grupal— con las movilizaciones de diferentes



sectores sociales que pueden llevar al cuestionamiento de dichos marcos.

Buscábamos enfoques que permitieran combinar el análisis de los procesos sociales de larga duración con las vivencias cotidianas; analizar los cambios en las condiciones materiales y simbólicas de existencia, y la permanencia de aspectos de diversa índole que dificultan dichos cambios.

Buscábamos una perspectiva de análisis que considerara varios aspectos, que, todavía hoy, engloban inquietudes que compartimos, a saber:

- a) Complementar la crítica teórica con la investigación rigurosa de realidades específicas;
- b) Analizar la desigualdad de género como parte del conjunto de las desigualdades sociales: entre clases, grupos, etnias y generaciones;
- c) Estudiar las relaciones sociales entre hombres y mujeres que se dan en dife-

rentes ámbitos sociales: en la familia, en el lugar de trabajo, en las organizaciones políticas;

- d) Examinar los marcos institucionales e ideológicos que restringen las alternativas de cambio, y los que las hacen posibles;
- e) Analizar los aspectos materiales y simbólicos gestados en el nivel macrosocial y en la vida cotidiana; y
- f) Considerar en forma integrada los elementos biológicos, psicológicos y sociales que pueden actuar como obstáculos al cambio de la condición de las mujeres, y los que pueden estimular prácticas sociales con amplio potencial transformador de dicha condición.

Mis felicitaciones a Elena Urrutia por toda la labor realizada y al Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer por sus 30 años de existencia. 



Lourdes Arizpe

In illo tempore...

A los antropólogos nos atraen los orígenes. “In illo tempore”, como diría Mircea Eliade, el gran estudioso de las religiones comparadas: “aquel tiempo” en que los dioses crearon el mundo y en que los héroes establecieron las bases de la sociedad. Nos atrae aquel tiempo porque todas las sociedades tienen rituales en los que, periódicamente, no sólo recuerdan sino que también reviven ese momento fundacional.

Quiero recordar lo que implicó para mí, y para muchas otras personas como yo, que un grupo de mujeres entusiastas y creativas, con vocación cuestionadora y de renovación, estuvieran convencidas de la necesidad y la importancia de fundar un programa de estudios de la mujer, a principios de los 80.

Yo llegué al Colmex en 1983 buscando a Lourdes Arizpe, porque había leído sus trabajos y quería platicar con ella sobre el parentesco en el mundo rural e indígena, con el plan de que, si el diálogo marchaba bien, le pediría que me asesorara la tesis. Ese primer encuentro con Lourdes fue mi día de buena suerte, uno de esos momentos que los estudiosos del curso de vida llaman “turning points”, es decir, un hito en la historia personal, porque dan lugar a un

cambio de rumbo. En mi caso fue un hito porque Lourdes no sólo aceptó ser mi directora, sino que además me informó que se acababa de crear el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, el PIEM, y me invitó a un seminario sobre mujeres y procesos rurales que ella estaba echando a andar.

El tiempo de los orígenes, a los que me estoy refiriendo, es anterior al Curso de Especialización, que se creó en 1991 y que en 2003 se transformó en la maestría en Estudios de Género. Y lo que me interesa recordar ahora es cómo Elena Urrutia y las fundadoras del PIEM fueron dando los primeros pasos para sentar las bases de un programa que, en su momento, no tenía precedentes en la academia mexicana.

Para el nacimiento del PIEM tuvieron que coincidir dos felices condiciones: una es que en El Colegio de México había un grupo de investigadoras feministas o que simpatizaban con el feminismo, y la otra, que don Víctor Urquidi, el presidente, era un espíritu inquieto, no sólo abierto a los cambios del mundo sino también interesado en impulsarlos, y, lo que es muy importante, estaba abierto a la interdisciplinaria que requerían los estudios que en ese tiempo se llamaban “de la mujer”.

¿Cuáles fueron los primeros pasos que se dieron en el PIEM? Elena Urrutia nos los rela-

*Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.



ta en un artículo breve que publicó en *Nueva Antropología* en 1986. Lo primero era averiguar quiénes trabajaban temas vinculados a las mujeres, armar un directorio que permitiera crear puentes y redes, y abrir convocatorias para los seminarios y talleres que comenzaron a organizarse de inmediato.

Cuando busqué a Lourdes Arizpe, yo venía preocupada por el hecho de que la teoría de las clases sociales marxista, que en ese tiempo era mi sustento teórico, no era suficiente para explicar todas las desigualdades que encontraba en el campo; por ejemplo, no me explicaba por qué los campesinos que entrevistaba preferían heredarles la tierra a los hijos varones, con todo lo que eso implicaba no sólo para las mujeres sino también para las dinámicas familiares y para la organización social local.

El seminario que fundó Lourdes reunió durante un par de años a estudiosas que tenían intereses y preocupaciones parecidas a las mías. Formarnos en lo profesional, desarro-

llando una mirada diferente a la de los colegas campesinólogos, exigía un triple esfuerzo intelectual, porque no sólo teníamos que leer y estar al tanto de todos los debates habituales en las ciencias sociales de la época sobre los procesos agrarios, sino que además teníamos que apropiarnos de una bibliografía cada vez más voluminosa producida por las académicas feministas, para luego construir nuestro propio camino de investigación.

Era un gran esfuerzo, pero éramos jóvenes, estábamos entusiasmadas con el desafío que implicaba estar abriendo brecha con nuevas perspectivas sobre temas nuevos, y, lo que era fundamental, teníamos un espacio en el que podíamos compartir y discutir nuestras experiencias de investigación, nuestras interrogantes, nuestras dudas, nuestros hallazgos, no sólo con respecto a lo que encontrábamos en el trabajo de campo, sino también en la bibliografía teórica que nos ayudaba a explicar e interpretar nuestros referentes empíricos.

Este espacio tan importante en esta etapa de nuestra formación se abrió al cobijo del PIEM. Una buena parte de las especialistas que se han destacado en los estudios sobre los procesos en el campo mexicano, aplicando un enfoque de género, participaron en el primer seminario que fundó Lourdes Arizpe en los 80, y luego en el segundo seminario que coordinamos con Vania Salles a principios de los 90. Estos dos seminarios eventualmente dieron lugar al libro colectivo titulado *Relaciones de género y transformaciones agrarias*, publicado por El Colegio de México en 1995. En el camino se tejieron intercambios, diálogos y amistades que duran hasta hoy. Y lo mismo sucedió con otros seminarios y talleres que fueron parte de la primera etapa del PIEM: los seminarios de historia, literatura, familia, trabajo, participación social de las mujeres, la mujer en Asia y África.

Como el objetivo fundamental del PIEM siempre fue impulsar la investigación, desde



un inicio se creó el “Programa de apoyo a investigaciones y becas para tesis de maestría y doctorado”, coordinado primero por Julieta Quilodrán y luego por Vania Salles. Este Programa tuvo un papel clave, no sólo porque daba apoyo económico en una época en que no existían fuentes de financiamiento para este tipo de estudios, sino que –lo que era aún más importante– daba asesoría académica a quienes querían llevar a cabo investigaciones sobre el área de estudio que se estaba abriendo.

Al recordar los inicios del PIEM, quiero destacar tres “marcas de nacimiento” con las que vino al mundo académico. La primera es la interdisciplinariedad, que le permitió articular la participación y experiencia de investigadoras de casi todos los centros del Colegio, lo que le dio una riqueza extraordinaria.

La apertura al mundo fue desde el principio no sólo una apertura a otros centros e insti-

tuciones académicas sino, además, al diálogo con el mundo de las organizaciones de mujeres y de las instituciones públicas. Para dar un ejemplo, en 1985 el PIEM participó en el “Foro de organizaciones no gubernamentales”, durante la conferencia de las Naciones Unidas para la Década de la Mujer, en Nairobi; y ese mismo año organizó en El Colegio de México un seminario acerca de los “Programas de estudios sobre la mujer en América Latina y el Caribe –con especial referencia al desarrollo de cursos y libros de texto”. Todavía está por hacer una historia completa de la participación del PIEM en foros internacionales y de las reuniones de investigación a las que convocó a investigadoras nacionales y extranjeras.

Dije que el PIEM nació con tres marcas. Ya hablé de dos, pero me falta la tercera: el espíritu de defensa del espacio y de compromiso con su fortalecimiento. No fue fácil mantener y darle legitimidad al programa y al trabajo

que se realizaba en él. Para dar un ejemplo, costó mucho lograr que el Curso de Especialización se convirtiera en Maestría, a pesar de las recomendaciones de destacados científicos sociales contratados específicamente para evaluar la pertinencia de abrir la maestría.

En aquel tiempo de los comienzos había muchos prejuicios respecto a “los estudios de la mujer”: ¿tendríamos que decir algo que no se supiera ya?, ¿serían estudios rigurosos? Y un largo etcétera.

Los estudios de la mujer en singular reconocieron muy pronto la diversidad de condiciones, situaciones y posiciones de las mujeres en plural, y luego transitaron a los estudios de género. No obstante el camino recorrido y la producción académica lograda, es probable que siga habiendo prejuicios; pero, como la misma palabra lo indica, se trata de pre-juicios, es decir, de juicios emitidos con base en el desconocimiento del trabajo realizado.

El hecho de que ahora estemos celebrando los treinta años del PIEM sin duda se debe a que *in illo tempore*, en aquel tiempo fundacional, Elena Urrutia, apoyada por un conjunto de académicas críticas, entusiastas e innovadoras, y con el respaldo de esa capacidad de mirar hacia el futuro que tenía Víctor Urquidí, sentaron buenas bases, muy sólidas. Con el trabajo individual y colectivo, estas bases lograron fructificar y han resultado perdurables. Realmente nos llena de orgullo cuando sabemos que las personas que se formaron en el PIEM han seguido manteniendo el espíritu crítico y, a su vez, contribuyen a reproducirlo en sus investigaciones y espacios de trabajo, así como en la formación de nuevas generaciones de estudiantes, de las cuales ellas ahora son profesoras.

Quiero concluir manifestando mi reconocimiento a todas las personas que iniciaron esta travesía, en primerísimo lugar a Elena Urrutia, de quien siempre recibimos apoyo



María Luisa Tarrés

y el ejemplo de su fortaleza, su tenacidad y su dedicación al Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer. Gracias a Flora Botton, Orlandina de Oliveira, María Luisa Tarrés, Vania Salles, Susana Lerner, Julieta Quilodrán, Brígida García, Ivonne Szasz, Olga Rojas, Edith Pacheco, Kirsten Appendini, Anne Staples, Pilar Gonzalbo, Carmen Ramos, Julia Tuñón, Beatriz Mariscal, Elsie MacPhail, Alicia Martínez, Aralia López, Ana Rosa Domenella, Florinda Riquer, Dalia Barrera, Alejandra Massolo, Mercedes Blanco, Irma Saucedo... También, gracias a los colegas varones que apoyaron en diferentes etapas al programa: Rodolfo Stavenhagen, Nelson Minello, Claudio Stern, Juan Guillermo Figueroa, Antonio Yúnez, Manuel Ángel Castillo, Sergio Aguayo... Y gracias a tantas otras académicas que después continuaron en el camino de la construcción del PIEM. Muy especialmente, gracias a Mercedes Barquet, que nos hace tanta falta. ☞

PIEM: 30 años de construcción colectiva**

Quiero agradecer antes que nada la invitación de Karine Tinat y Arturo Alvarado para participar en esta mesa, con la presencia de destacadas investigadoras de esta casa de estudios. Quiero decir también que me encuentro doblemente emocionada de asistir al reconocimiento de la trayectoria del PIEM —espacio muy querido para mí por las amigas y colegas con quienes compartí afanes y proyectos, entre ellas nuestra querida Mercedes Barquet— y también de presenciar el justo reconocimiento que en el marco de los 40 años del Centro Estudios Sociológicos se hace a Elena Urrutia —fundadora y promotora infatigable de este pequeño, pero grande espacio académico, como ya se ha dicho aquí—, quien supo con paciencia, sabiduría y gentileza sumar durante muchos años a las más diversas voces de México, América Latina y otros países del mundo, consolidando el liderazgo del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) en temas cruciales para los estudios de género.

Como última partícipe de esta mesa, no quiero repetir lo que con mucho detalle y elocuencia han destacado Karine Tinat, Flora Botton, Orlandina de Oliveira y Soledad González acerca de los

emprendimientos y logros académicos del PIEM. Quisiera en cambio resaltar, de entre lo que se ha mencionado, el papel del Programa como espacio de creatividad teórica, generación de nuevo conocimiento, innovación académica y vinculación con iniciativas sociales, políticas y culturales estrechamente ligadas a la activación.

El PIEM es sin duda uno de esos casos de “buenas prácticas” como se llama en la jerga de calidad en las organizaciones públicas, porque traza una clara trayectoria de acumulación de experiencia y crecimiento, al pasar de un muy modesto programa cuasi experimental sobre un tema prácticamente desconocido, ignorado, e incluso poco apreciado en sus inicios, como los estudios de la mujer, dentro de una institución formalizada en la más pura ortodoxia académica, como es El Colegio de México, a lo que ahora es: un espacio consolidado de estudios de género, con diversos programas de investigación, que ha formado ya a cinco generaciones de investigadores y maestros en el tema.

Las “buenas prácticas” del PIEM, bajo el liderazgo de Elena Urrutia, parten de una orientación que podríamos identificar como femenina, porque comenzó sabiamente por recolectar, reuniendo en ese espacio institucional del Programa a todas las académicas con inquietudes sobre las maneras posibles de conocer, desentrañar y teorizar en torno a la presencia de las mujeres en las comunidades, en el trabajo remunerado, en la participación social, en la literatura, la cultura, la historia.

*Posgrado en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de la Ciudad de México; Observatorio Ciudadano de Política Social, Familia, Niñez.

**Ponencia presentada entre las que se dedicaron, el 15 y 16 de abril de 2013, a celebrar al CES y PIEM, y a homenajear a Elena Urrutia.



Cuestiones estas que se ubicaban entonces en la frontera del conocimiento. Y esto en un doble sentido. Por una parte porque estos temas se encontraban todavía fuera de los muros de la ortodoxia en las ciencias sociales, por lo que abordarlos implicaba salir al descampado teórico –por llamarlo así–, fuera de los márgenes de lo legítimamente cognoscible desde el punto de vista del *mainstream* del conocimiento androcéntrico, con el riesgo de ser tratadas como antígonas heréticas, desertoras de la legalidad noseológica en los centros universitarios.

Por la otra, porque la búsqueda de referentes empíricos, teóricos y conceptuales para abordar *ese residuo no teorizado* de la vida social que era entonces el género, y sus formas de especificación en los diversos fenómenos sociales, implicaba llegar hasta el extremo. Forzar el campo conceptual, teórico, subvertirlo hasta llevarlo a revelar lo oculto, lo reprimido.

El PIEM, bajo el liderazgo de Elena Urrutia, también anidó. Tejió un gran cesto y largas re-

des para poner en ellas, a disposición de la curiosidad noseológica de otras mujeres, de todas partes, los frutos recolectados disponibles, del conocimiento labrado en la tarea de reflexión colectiva de los talleres que mencionó Orlandina de Oliveira en su intervención. De donde salieron sólidas investigaciones sobre la economía y la sociología del trabajo femenino, remunerado y no remunerado; sobre la organización, el poder y las decisiones familiares; la salud, etcétera.

A todos esos esfuerzos se debe el posterior incremento de nuevos indicadores estadísticos para el análisis del mercado laboral, las decisiones de las familias, el uso del tiempo, las mediciones de la violencia, etc., que instituciones como el INEGI han desarrollado y que hacen, a su vez, parte del acervo de conocimientos sobre la desigualdad que existe en México y del que abrevan investigadores de otros países. En este sentido, la investigación y los conocimientos labrados a través del PIEM colocan a México en una situación muy aventajada frente otros países de la región.

De estos vertederos emana también el desarrollo de un arsenal de nuevas metodologías de tipo cualitativo, para desentrañar las asimetrías, diferencias y desigualdades entre hombres y mujeres, a partir de los relatos cotidianos de las mujeres en diversos ámbitos. Los nombres de investigadoras y de temas que fueron parte de estos ejercicios en los talleres y seminarios del PIEM conforman una pléyade de destacadas figuras, líderes en su tema todas, por lo que no quiero poner nombres y apellidos para no fallar en la memorización de tantas y tan destacadas investigadoras; sólo mencionaré a quienes nos legaron su portentosa creatividad como nuestras añoradas Vania Salles y Alicia Martínez, con quienes estaré siempre en deuda.

Es de destacarse igualmente que en esta tarea de anidar, el PIEM sostuvo año con año, a través del Programa de apoyos a la investigación de jóvenes egresadas y egresados, de licenciaturas, maestrías y doctorados, la posibilidad para que iniciaran o concluyeran, o ambas cosas, proyectos de tesis sobre diversos temas, en los que género o la condición femenina llevaban un papel central. Esta iniciativa del PIEM fue una fuente de inspiración además de un verdadero semillero de estudios puntuales, localizados, en grupos específicos, que estoy segura que conforman una importante cantera de conocimiento, aún no explotada.

La fecundidad de estas iniciativas, consistente en la integración de acervos documentales, cursos de especialización, talleres, seminarios, foros, programas de investigación, hizo que, hacia fines de los años ochenta, el modelo PIEM comenzara a reproducirse en otros centros universitarios del país y de América Latina. Por citar algunos ejemplos, en esta línea encontramos al Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG) de la UNAM; el Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara, y, el Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina (CEGECAL) de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, creado en 1991.

No se puede dejar de mencionar, entre las innovaciones del PIEM, la de haber funcionado incluso



como gozne entre conocimiento y acción, a través de iniciativas que abrieron las puertas de un recinto académico de excelencia –como es El Colegio de México– a la formación y capacitación de redes de activistas y organizaciones defensoras de los derechos humanos de las mujeres. En el mismo tenor, el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer –con el liderazgo de Elena Urrutia– concitó a funcionarias, representantes populares, directoras de institutos de la mujer, productores de información estadística y, en general, tomadores de decisiones públicas, y puso a las y los académicos en la sintonía de los problemas de la agenda para el adelanto de las mujeres, cerrando una brecha indispensable para la reflexión, pero indeseable también para la transformación de nuestras realidades, porque, como dijo atinadamente ella misma: “El conocimiento es para nosotros una arma para el cambio”, y eso lo tuvimos siempre muy claro las y los que fuimos, y también las que ahora son, integrantes del Programa. 



Elena Urrutia: una feminista perseverante

En octubre de 2012 realicé con Elena Urrutia una entrevista biográfica que consistía en recordar su trayectoria académica. Esta entrevista, de hecho, forma parte de un proyecto más amplio: en estos meses, el Dr. Arturo Alvarado y yo estamos llevando a cabo una reconstrucción de la historia del Centro de Estudios Sociológicos y del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, a través de la grabación en audio de las trayectorias académicas de las y los colegas. En el marco de esta conmemoración celebrada el día de hoy,¹ escribí un texto a partir de esta entrevista realizada con Elena. Eso es lo que compartiré a continuación.

En 1950, Elena entró a la Universidad Iberoamericana para estudiar la carrera de psicología; se trataba, de hecho, de la primera generación de estudiantes de psicología en ese campus. Su elección por esta disciplina fue muy propia y original, en el sentido de que nadie de su familia la orientó hacia esta vía. Su padre era ingeniero civil, graduado en el MIT, y su madre era ama de casa, “como debía ser en aquella época”, precisa Elena. La pareja tuvo

seis hijos y Elena llegó en cuarta posición, después de dos hermanas y un hermano.

Cuando decidió tomar el camino de la universidad, sus padres se asombraron, ya que sus dos hermanas mayores no habían optado por una carrera universitaria. Después de pensarlo, sus padres aprobaron la decisión de Elena, pero la condicionaron a que fuera “con los jesuitas”. La familia era muy católica, muy conservadora; Elena afirma: “No había ni una universitaria a la redonda. Entonces, por eso, como para que estuviera más protegida, tenía que ir a la Ibero.” Anterior a ello, su escolaridad previa también había estado enmarcada en universos privilegiados confesionales: primero, el Colegio Francés hasta el quinto año de primaria y, luego, el Sagrado Corazón, una escuela de monjas, donde obtuvo su bachillerato de filosofía y letras. Como ese examen era supervisado por sinodales de la UNAM y los papeles estaban reconocidos por la SEP, las alumnas podían entrar a la universidad. Mientras los padres de Elena estaban tranquilos de saberla en la Iberoamericana, lejos de la “cueva del marxismo”, en realidad ella iba discretamente, después o antes de sus clases, a la UNAM en Mascarones. Allí asistía a seminarios de psicología y de literatura, a todo lo que se le antojaba.

* Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

¹ 16 de abril de 2013



La casa de Mascarones hacia 1900, donde se alojaría la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Nacida en el Distrito Federal, Elena vivió con sus padres y hermanos en la calle Niza de la colonia Juárez, antes de que ésta se convirtiera en la actual Zona Rosa. Luego, la familia se instaló en Chapultepec Morales, y Elena vivió en esta parte de la ciudad hasta casarse. Con una chispa en los ojos afirma: “Me casé a los 22 años, ¡jovencitita! Conocí a mi marido porque era del grupo de amigos de una de mis hermanas mayores y me gustaba mucho.” “Jovencitita” pero ya bastante experimentada en la vida laboral. Antes de conocer a Óscar Urrutia y, paralelamente a su carrera universitaria, Elena había sentido la necesidad de trabajar para no tener que depender completamente de sus padres; “no quería pedirles para los cigarros o las medias”, recuerda. Por las tardes estudiaba en la universidad y, por las mañanas, trabajó primero en un kínder porque le atraía particularmente la psicología infantil; posteriormente estuvo en una compañía dedicada al

cortometraje y al cine. De esta segunda experiencia laboral recuerda haber participado en la elaboración de la película *Raíces*. “Luego, empezaron a hacer otra película llamada *Torero*; pero, para esto, ya me casé. Y me casé con toda la estructura que regía entonces para las mujeres. Teníamos dos epístolas: la Epístola de Melchor Ocampo con la que te casaban por lo civil –ya la quitaron por fortuna, era horrible, misógina a más no poder–, y la Epístola de San Pablo, para el matrimonio religioso –igual de misógina; decía cosas como que ‘la mujer debía ser la esclava del marido’, cosas terribles...–”, cuenta Elena. Si bien estaba en contra del estado de sumisión y subordinación de las mujeres, al casarse tenía un deseo muy grande de fundar pronto una familia. Es más, insiste: “Quería tener todos los hijos que Dios me mandara.” Pero antes de cumplir este sueño, Elena y su marido viajaron a Bélgica a estudiar: Elena a la Facultad de Lengua y Literatura



Gisèle Halimi

Francescas de la Universidad Libre de Bruselas, y Óscar a una escuela de urbanismo. A su regreso a México, la pareja tuvo cuatro hijos en cinco años. Durante ese período, Elena estuvo felizmente absorta en sus bebés, a los que daba pecho. El amamantamiento no era una práctica de las mujeres de su entorno familiar y social; sin embargo, con una pizca de malicia, cuenta que decían “que no tenían leche, pero yo pienso que veían al amamantamiento como una práctica de las clases populares”. Elena recuerda que tenía conductas no siempre acordes con las de su familia.

Después de este periodo de maternidad intensa, Elena quiso volver a la vida laboral. Su primer trabajo fue su colaboración en Radio Universidad, invitada por Ramón Xirau, que dirigía el programa “Los libros del día”. Su colaboración fue aumentando progresivamente de dos intervenciones al mes hasta tres programas a la semana: comentaba libros que ella

misma escogía. En aquella época, los años setenta, a Elena le interesaban libros escritos por mujeres o enfocados en ellas. Aunque se acababa de publicar un libro “muy malo” sobre el aborto, Elena le dedicó un programa porque le parecía una excelente oportunidad para abordar ese tema: en aquella época era un tema más que tabú, y su intervención provocó reacciones fuertes. Lo que más disfrutaba Elena en aquel trabajo era justamente eso: difundir ciertas ideas y propiciar el debate.

El crítico literario Emmanuel Carballo, que coordinaba las páginas editoriales del diario *El Sol*, la invitó a colaborar para escribir sobre las mujeres. Luego, fue fundadora del diario *Uno más uno* con un grupo de personas. En este diario también escribía sobre las mujeres, hacía entrevistas, escribía ensayos, crónicas y críticas. Más adelante participó en la fundación del diario *La Jornada*, y en ese periódico también escribía sobre diversos temas o entre-



Flora Botton Beja

vistaba a alguien del campo de la cultura, la literatura, el arte en general. Por ejemplo, en los años ochenta llegó Gisèle Halimi a México, la célebre fundadora del grupo Choisir en Francia, y Elena aprovechó para publicar una larga entrevista con ella en un suplemento especial, además de que la invitó a dar tres conferencias en el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) de El Colegio de México.

Paralelamente a sus actividades de periodismo, en 1972 Elena trabajó una temporada en la Casa del Lago, ese centro de cultura que es extensión universitaria de la UNAM, ubicado en el Bosque de Chapultepec. Allí organizó un ciclo de conferencias —el primero que hubo— en torno a temas de la mujer. De ese evento salió el primer libro compilado por Elena Urrutia, *Imagen y realidad de la mujer* de la colección SEP-Setentas y apareció publicado en 1975 en ocasión de la Conferencia Internacional de la Mujer, desarrollada en México. En aquel evento, Elena conoció

a Alaíde Foppa, quien fue junto con ella una de las fundadoras de la revista *Fem*.

Elena se insertó en la dinámica de los feminismos de manera espontánea. Explica: “Cuando en tu familia te das cuenta de que hay un trato diferenciado entre los hombres y las mujeres, te hace sentir muy mal, ¿no? ¡Te choca! A ellos, todos los permisos, todos los apoyos y a las mujeres, nada... ‘¿Por qué a mí no me dan permiso y a él sí?’ Al principio crees que es un problema tuyo, personal, pero luego te das cuenta de que es el de todas las compañeras de tu entorno... Esto nos llevaba a leer, y había la necesidad de actuar... Para este primer libro pedí artículos a mujeres pero también a hombres que yo admiraba, como Carlos Monsiváis, Tomás Segovia y el psicoanalista Santiago Ramírez.”

Por esta misma vía del feminismo, Elena llegó a El Colegio de México, pero gracias a un paso previo y muy importante que fue la revista



Víctor L. Urquidi

Fem, fundada en 1976, por un grupo constituido, entre otras, por Alaíde Foppa, Margarita García Flores y Elena Poniatowska. Originalmente eran dos las directoras y, las demás, integrantes del Consejo Editorial, aunque muy pronto se constituyó una dirección colectiva de la que Elena formó parte durante los primeros 10 años. “¡Hicimos proezas! Era una revista realmente buena. Nos reuníamos cada semana a discutir los números, idearlos, corregir y, por supuesto, escribir y conseguir colaboraciones, distribuir y vender la revista. Yo siempre decía que este trabajo para *Fem* era nuestra tercera jornada, porque todas trabajábamos asalariadamente –dando clases, investigando, haciendo periodismo, escribiendo–, todas éramos amas de casa y varias de nosotras teníamos hijos”, recuerda Elena.

En *Fem*, Elena conoció a Lourdes Arizpe y a Flora Botton. Ambas feministas y quienes laboraban con posiciones muy firmes en El Colegio

de México. Flora, interesada por la condición de la mujer en China, y Lourdes, que realizaba investigaciones sobre mujeres migrantes a la ciudad de México. Tanto Flora como Lourdes estaban convencidas de que algo había que hacer sobre la mujer en El Colegio. Previamente, Elena había organizado con Margo Glantz la Conferencia Interamericana de Literatura Escrita por Mujeres, a la que acudieron canadienses, norteamericanas, caribeñas, centroamericanas, ecuatorianas, colombianas, peruanas, chilenas, argentinas y uruguayas. El congreso fue apoyado por la UNAM, la Secretaría de Relaciones Exteriores, Bellas Artes y la Asociación de Escritores. En 1977, otro congreso mexicano-centroamericano sobre estudios de la mujer, encabezado por Lourdes Arizpe junto con otras colaboradoras, había tenido también mucho éxito. “Desde esos años setenta nos preocupábamos por la situación de las mujeres, leíamos y releíamos *El segundo sexo*,



Universidad Libre de Bruselas

autoras estadounidenses, italianas, francesas, etcétera”, apunta Elena.

Gracias a Flora Botton y Lourdes Arizpe fue fundado el PIEM; no sólo tenían ellas el deseo de que se creara algo en El Colegio de México en torno a la mujer, sino que tenían el contacto con la Fundación Ford, muy interesada en el desarrollo de los estudios de la mujer y la que dio un primer impulso para la creación del Programa. Ambas hablaron con Víctor Urquidi. Elena lo describe en estos términos: “Él era el gran presidente que había en El Colegio, un académico con una visión muy amplia... Creó los programas en El Colegio: el de medio ambiente, el programa de ciencia y tecnología, y aceptó que se creara el programa de estudios de la mujer.” La primera entrevista de Víctor Urquidi y Elena se desarrolló en la mayor cordialidad. Luego, Víctor Urquidi consultó a los directores de los centros de estudios de El Colegio para conocer

su opinión sobre la posible apertura de un programa de estudios de la mujer. Y recibió toda clase de respuestas, tanto aprobaciones como resistencias. Hubo hasta respuestas groseras... Escuchó cosas estúpidas como: “¿Y por qué no un programa de estudios de las vacas?”

Aunque el tema de la mujer era transversal en todas las disciplinas —la demografía, la literatura, la historia, la sociología, la economía, etc.—, esa primera ronda no dio ningún resultado, pero Víctor Urquidi animó a Lourdes y a Flora: “Tienen que hacer una labor de cabildeo, trabajar con sus colegas, convencerlos.” Así lo hicieron y fue todo un trabajo de negociación, recuerda Elena; no estaban solas: también estaba Viviane Brachet, Brígida García, Julieta Quilodrán, Orlandina de Oliveira. Cuando Víctor Urquidi lo volvió a plantear, hubo un acuerdo y se creó el Programa. De repente fue, como lo dice Elena,

“¡Un programa sin programa!” En efecto, no tenían a la mano ningún ejemplo o modelo que seguir, había que ir trabajando, creando poco a poco; se trataba de construir un campo académico desde cero. Ésa es la ventaja y desventaja de todo programa pionero. En esta tarea ayudó mucho la Fundación Ford.

Muchas acciones se emprendieron para ir prestigiando el tema e involucrando a la comunidad académica. Elena empezó la creación de talleres, por ejemplo uno de literatura femenina mexicana. Para eso se vinculó con el CELL—el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios—y se incorporaron dos colegas, Aralia López y Ana Rosa Domenella. Luego hubo la necesidad de tener un enfoque teórico y se organizó el Taller de Crítica Literaria Feminista al que fue invitada Luz Elena Gutiérrez de Velasco, la actual directora del CELL. Elena invitó a Orlandina de Oliveira para que creara también un seminario. Gracias a la propuesta de lecturas que hizo Orlandina, se empezó a leer, a discutir, a reunir a personas interesadas en el tema que no forzosamente venían de El Colegio sino de todas partes. Más tarde, Elena Urrutia invitó también a María Luisa Tarrés y a Vania Salles para involucrarlas en proyectos concretos, como los seminarios de investigación. Se obtuvieron financiamientos para publicar libros sobre temas académicos y, así, trataron que todo seminario se convirtiera en un libro. Por ejemplo, con Conasida, publicaron *Mujer y SIDA*. Hubo también un seminario de historia y salió la obra *Voces olvidadas*. Se publicó el resultado del taller nacional organizado por Martha Schteingart y Alejandra Massolo: *Participación social, reconstrucción y mujer en el sismo de 1985*.

El PIEM consiguió un financiamiento de la Fundación Ford para premiar tesis de maestría y de doctorado o investigaciones enfocadas en la mujer. Elena invitó a Julieta Quilodrán para encargarse de esta actividad; afirma: “¡Fue fantástico! El programa se difundió en todo



Alaíde Foppa

el país. Mandaban las propuestas de investigación o las tesis, había un jurado calificador y se asignaban las becas... Entonces era importantísimo porque, imagínate, desde una universidad de la otra punta del país, alguien que quería hacer su tesis sobre la mujer en no importa qué disciplina, en un lugar para el que el tema era inédito, pues lo podía hacer gracias a la legitimación que le daba un financiamiento y un apoyo académico de El Colegio de México, y eso ya era la gran cosa. (...) Hasta Francisco Zapata llegó a pedirnos una beca de apoyo porque estaba investigando en la fábrica de la Volkswagen y montó un proyecto sobre las mujeres trabajadoras de la empresa.”

Gracias a otro financiamiento se pudo organizar el Curso de Verano. Al principio, había dos cursos: uno para las personas extranjeras y otro para las nacionales; pero, al poco tiempo, se fusionaron en uno solo. Elena recuerda que era muy motivador formar a estos grupos de



Mercedes Barquet

mujeres (pocos hombres acudían). Además, para las alumnas nacionales era gratis; venían con beca porque se podía contar con el financiamiento de la Ford, y para las extranjeras sí habría un costo. “En todo el país encuentras gente que empezó a trabajar el tema gracias al impulso que tuvo con nosotras”, subraya Elena.

Más allá de los cursos de verano, se construyó poco a poco el ejercicio docente a través de la organización de clases. Por ejemplo, Brígida García, del Centro de Demografía, dio un curso semanal que duró un año. Acudían asistentes de muchas otras universidades del Distrito Federal, la UNAM, la UAM... En otra ocasión, María Luisa Tarrés impartió un curso y se llenó la sala Alfonso Reyes con aspirantes. El primer día de aquel curso, Elena escuchó a alguien presentarse como “Mercedes Barquet”; se saludaron efusivamente –hacía tiempo que no se veían; sabía que ella se había formado en estudios de género en Princeton y la invitó a integrarse al PIEM.

Un gran problema que caracterizó al PIEM en sus inicios era que no contaba con presupuesto para empezar a contratar a investigadoras bien formadas y con posgrados. La labor de Elena y su equipo era sobre todo la difusión, la formación, la investigación y la sustentación... Elena explica: “En realidad, yo no tenía tiempo para estar haciendo mi propia investigación, dedicarme a mi pasión que es la cultura y la narrativa de mujeres... Mi tiempo lo dedicaba a estar promoviendo todo esto, a hacer contactos, a obtener fondos para tal o cual proyecto específico...” Agrega que se intentó traer al PIEM a investigadoras con posgrados, pero no había ninguna seguridad sobre la permanencia en la institución, y la posibilidad de obtener a la larga la definitividad. A los ojos de Elena, el PIEM fue, por esta razón, muy frágil en los primeros años.

Al principio de los años noventa se creó un curso de especialización dirigido por Mercedes Barquet y Beatriz Mariscal, una profesora del CELL. Estructurado como un posgrado, el curso de especialización tenía como meta transformarse eventualmente en maestría. La conversión no fue fácil pero sí se logró en 2003, gracias al entusiasmo y a la gran dedicación al trabajo de parte de las profesoras.

Además de seminarios y proyectos múltiples, Elena impulsó una Unidad de Documentación. De hecho, fue lo primero que creó en el PIEM. “Para los libros estaba la biblioteca y por supuesto había que adquirir los que necesitábamos y nos recomendaban pero, además, había mucho ‘material gris’ que le llaman, es decir, fotocopias, ponencias, material periodístico... Muchísima gente venía a hacer investigación sobre temas diversos –mujeres en los terremotos, en las maquiladoras, en el deporte, en la literatura– a la unidad de documentación.” En esta unidad se recopilaban recortes de periódicos gracias al trabajo de becarias. (Una característica del PIEM es que cada profesora contaba con el apoyo de una becaria.) Elena se preocu-

paba siempre de que las profesoras trabajaran en buenas condiciones.

Entre los sueños que acarició Elena figuró el objetivo de que el PIEM se convirtiera en un centro de estudios de género pero, como lo apunta, “para eso se necesitaba mínimamente un grupo de ocho o diez investigadoras o investigadores de peso”. Aun así, Elena concluye: “El PIEM siempre fue chiquito y, sin embargo, esa cosa chiquita, gracias a su relación con la Fundación Ford y otras fundaciones, gracias a lo bien que habíamos trabajado, pudimos organizar muchas actividades... De hecho, con el CES y el CEDDU² se pudo constituir el Programa de Salud Reproductiva... Fueron muchas las acciones que desarrollamos.”

A modo de colofón, agradezco a Elena Urrutia por haberme compartido la historia que acabo de reconstruir. Espero sobre todo no haber viciado ningún dato. A través de esta trayectoria y aunque, definitivamente, yo no estuve presente en ese periodo, logro percibir a Elena como una mujer muy dinámica, decidida, apasionada por lo que en aquel entonces llamábamos “la condición de las mujeres”, una mujer con grandes dones de sociabilidad, que abrió muchas puertas, con la conciencia de cómo hacer fructificar el capital social del que disponía. A lo largo de la entrevista, Elena insistió en el carácter colectivo que caracterizó la fundación y el desarrollo del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer. Muchas personas estuvieron en la construcción de este programa; sin Elena, tal vez no se habría logrado tanta promoción y, por ende, tanto éxito; sin todas las personas que han colaborado en hacer visibles los estudios de género, quizás el PIEM se habría apagado al poco tiempo. Creo que siempre hay que saber valorar este pasado: primero, para

² Centro de Estudios Sociológicos, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, ambos de El Colegio de México.



Luz Elena Gutiérrez de Velasco

entender de dónde venimos y, luego, para poder proyectar hacia el futuro y decidir a dónde vamos. Las preocupaciones feministas han evolucionado, los estudios de género representan un campo científico legitimado en la Academia, las reivindicaciones políticas y las metas académicas ya no son las mismas, las condiciones institucionales que nos moldean ya no tienen nada que ver con las del pasado... La suerte que tenemos es que se abrieron los presupuestos y que ahora somos cinco profesoras-investigadoras con doctorado, integrantes del Sistema Nacional de Investigadores y con líneas de investigación definidas. Quisiéramos ser más numerosas o numerosos, incluyendo a hombres. En 30 años, ningún hombre ha formado parte de la planta del PIEM... De lo que no hay duda es que todas nosotras estamos prolongando el trabajo con empeño y entusiasmo, para que los estudios de género sean cada día más fuertes y estén consolidados científicamente. ✍



A la intemperie

Vuela quieta la rama
como recuerdo o rizo de hojarasca.
La luz lo abarca todo,
colma incluso los huecos del olvido.

Arquea el lomo la brisa de la fresca
y millares de insectos sin atriles
hacen cuerda en bordón hasta la sombra.

En bóvedas profundas se agazapa
el buído silencio del murciélago.

Pasan así, como si nada, trozos
de ademanes inciertos
que no dejan más que una sonrisa endeble, seca.

Ante el destello del dolor, la sombra marca
sirtes plenas de compasión y entendimiento.

El día tiende el oído bote a bote,
tumbo a tumbo,
ola de luz preñada en vuelco
de sí mismo embriagado,
madreperla aturdida,
sonoro remanso del coral disperso en la resaca.

Rastreo nervaduras, arpegios ascendentes
que nimban el dosel
prendido de alfileres, escarcha,
aromas improbables, ramas o raíces,
un oscuro fermento.

¡Vaya un ascenso endeble! Un cuarzo repentino
que aventura el albor
y remonta recuerdos de la inasible infancia.

¿Lo juzgas improbable?

Y si no, dime ahora,
oh musa temeraria, dónde quedó el aliento
que ebria prodigabas
entre fugaces resbalones de seda.

En virtud de qué niebla
me ocultaste el pasmo prodigioso
de tu risa apagada.

No creo haber nacido
para fincar en número el caudal de mi arroyo
ni para hacer recuento de mañanas
que se hurtaron a la fugaz tibieza de unos muslos.
Lee, si no, heridas por el miedo,
las vacilantes páginas que hoy te canta el vacío.

En qué aciaga hora
desleíste memorias en redoma de noches incontables
con vislumbres de imágenes que tiemblan
para caer después desde el brocal de la retina.

Oscilante cual gota de aguanieve, esperabas tan solo
trasponer el abismo que media entre el carámbano
y el pozo ya cegado.

Cobra, redonda nuez, tu cuota de silencio
y encierra entre tus valvas de rugoso estridor
el trémolo que embarque mi propia singladura.

Vamos ganando a tumbos el regreso,
duna sin huella, tufo de pantano.

Más allá la ignorancia,
ni siquiera la duda que muerde tus premisas.



Redondillas

Hombres necios que acusáis
a la mujer, sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis;

si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia
y luego, con gravedad,
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco,
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.

Queréis, con presunción necia,
hallar a la que buscáis
para pretendida, Thais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,

él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión, ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis
que, con desigual nivel,
a una culpáis por cruel
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende?,
¿si la que es ingrata ofende,
y la que es fácil enfada?

Mas, entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y quejaos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

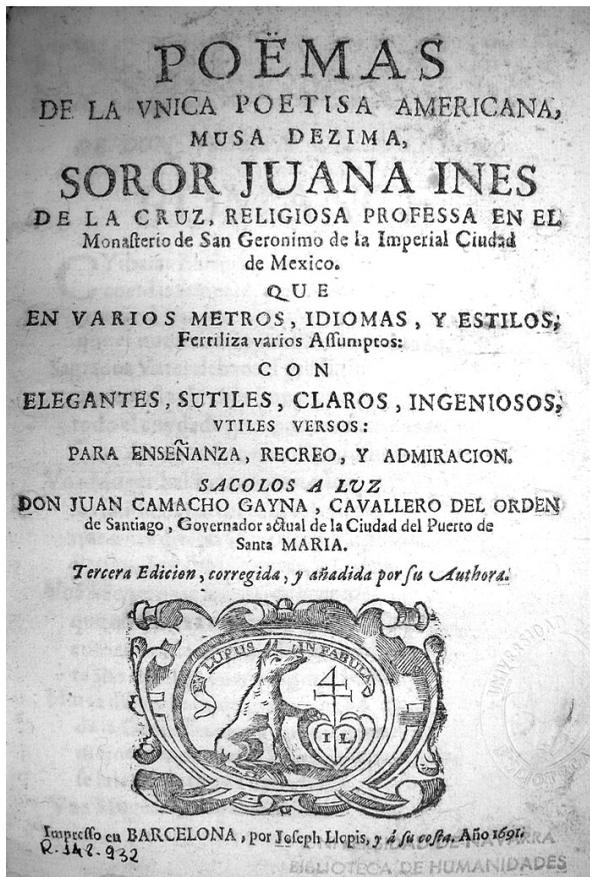
¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cae de rogada,
o el que ruega de caído?

¿O cuál es de más culpar,
aunque cualquiera mal haga;
la que peca por la paga
o el que paga por pecar?

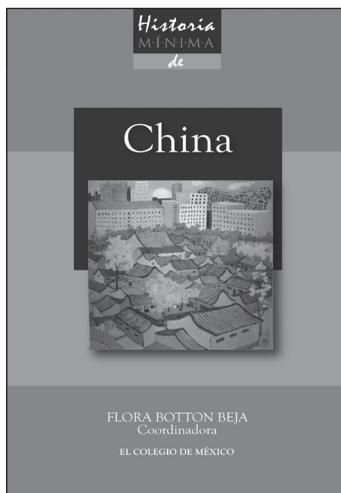
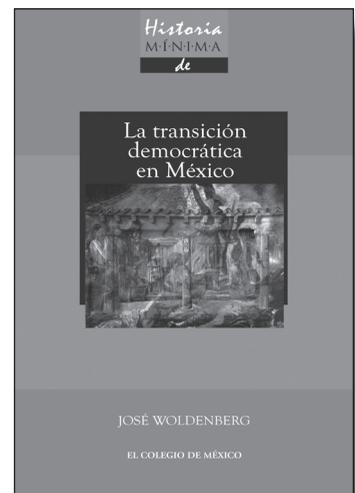
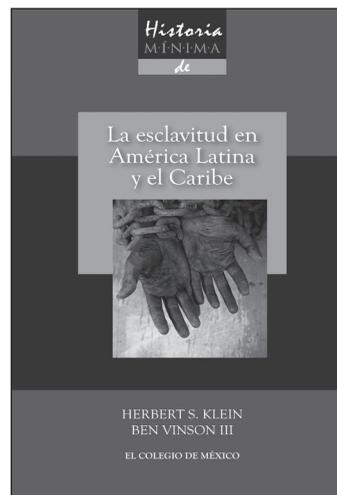
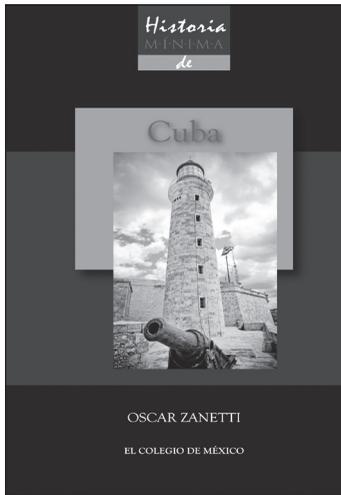
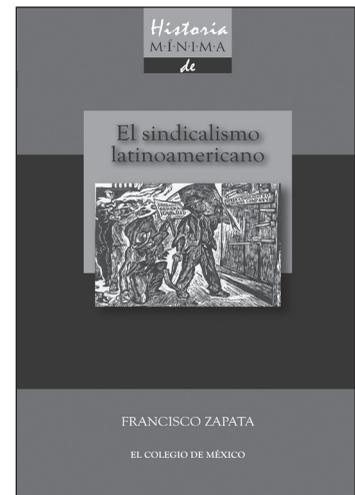
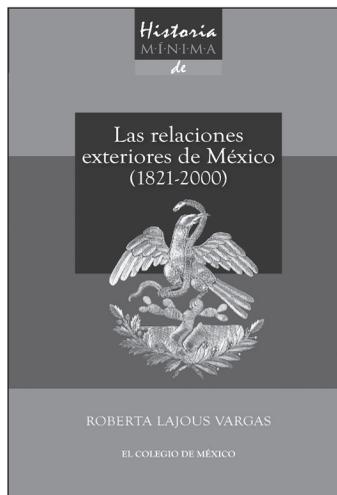
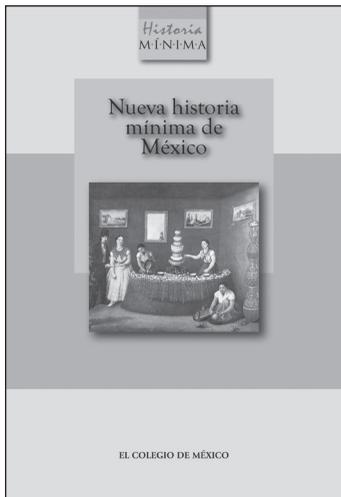
¿Pues, para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,
y después, con más razón,
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.

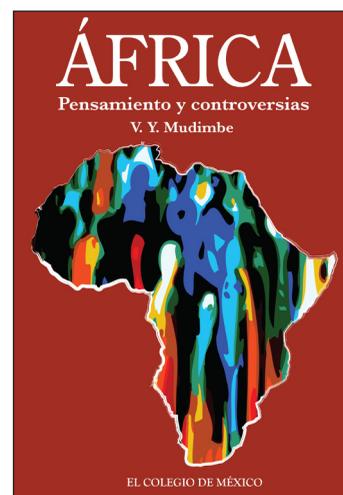
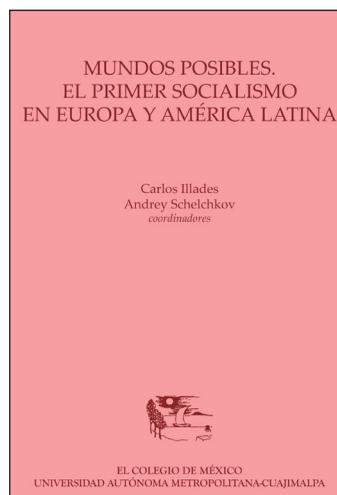
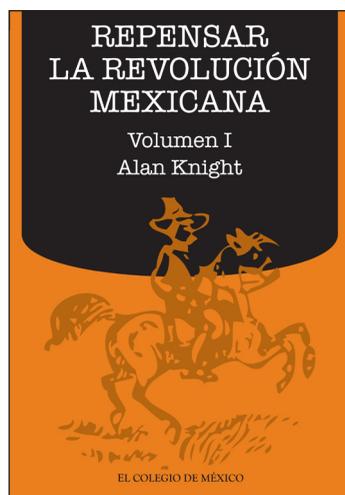
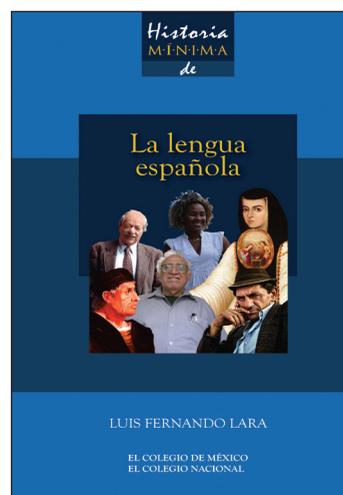
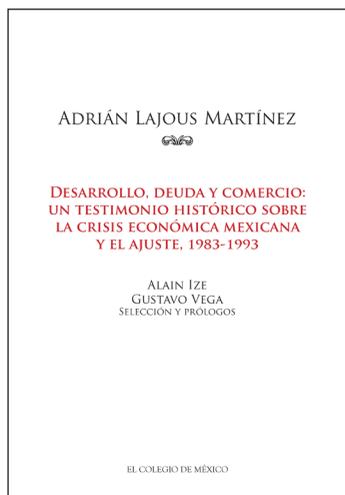
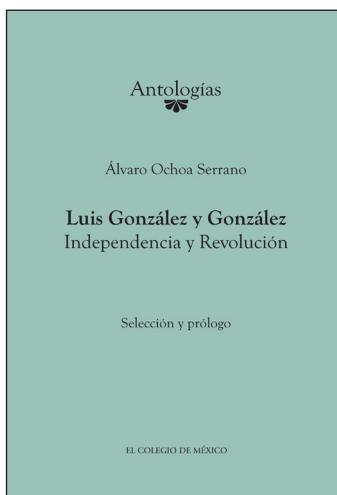
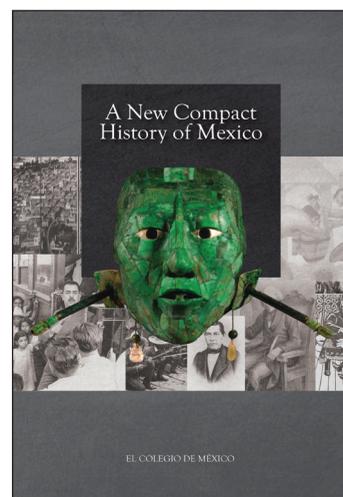
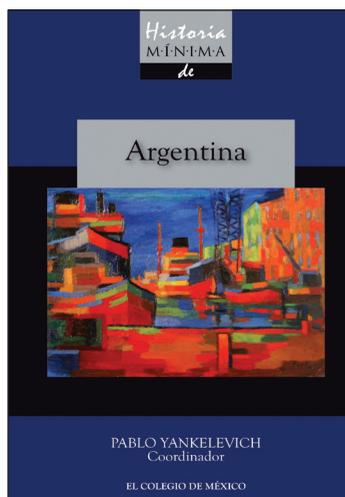
Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesas e instancia
juntáis diablo, carne y mundo. ❧



C
M EL COLEGIO
DE MÉXICO
Publicaciones



El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx



El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx